

la plaza, cuando una furiosa tempestad desconcertó la escuadra y sembró el espanto en el campo. Aprovechando este desorden, y gracias á una vigorosa salida, hizo Hassán retroceder á los italianos hacia la costa; Camilo Colonna, Fernando de Gonzaga, Agustín Spínola y los caballeros de San Juan no pudieron resistirle; Carlos V debió cargar, á la cabeza de los alemanes, para obligar á los moros á volver á Argel. A la noche siguiente, un golpe de viento del nordeste rompió las amarras, y en algunas horas sumergió 152 barcos y 15 galeras. En la confusión, sólo Carlos V conservaba su calma. «Callaos, hijos míos—decía á los que se lamentaban.—Tablas y clavos perdidos; nada más. Socorred únicamente á los que se salvan en tierra, á fin de que los moros no los alcancen.» Añadió, según parece: «¡Confianza, hijos míos: pronto, á media noche, los monjes de toda España se levantarán á rogar por nosotros!» Doria pudo reunir sus galeras en el cabo Matifús, y suplicó al emperador que volvieran á embarcar de nuevo con más prisa, si no quería ver la ruina de su ejército. *¡Fiat voluntas tua!*, respondió el emperador. Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, que se hallaba en la expedición, rogó al emperador que le dejara hacer, pues él se encargaba con los españoles de la toma de Argel; el emperador ordenó la retirada. Fué necesario ahogar los caballos, y el ejército se embarcó en las galeras salvadas del naufragio. Carlos V partió el último, y en la playa, rodeado de su nobleza, hizo frente hasta el fin á las cargas de los enemigos.

El emperador, vencido por las olas, volvió á Mallorca y á Cartagena (26-28 de Noviembre). España entera mostróse conmovida por la desgracia de su soberano, y lo testimonió con un espléndido arranque de generosidad. Borja multiplicaba sus cartas de dolor en las que se destacaba la abnegación aumentada por el infortunio. Enviaba bergantines cargados de víveres y hacía cortar 300 pinos y 300 encinas para reparar la flota. Todos seguían en Barcelona el ejemplo del virrey, por lo que Carlos V, en carta autógrafa, dió las gracias á su buena ciudad. La carta, recibida el 6, fué leída en público el 10. Consagróse este día á la acción de gracias, y celebróse, como en el día del *Corpus*, con un oficio y procesión solemne.

*
*
*

Únicamente Francia se regocijó de la desgracia de Carlos V, y lejos de espantarle el peligro turco, que alarmaba á los mismos protestantes, pensó en aliarse con ellos. A pretexto de haber sido asesinados dos de sus enviados por la guarnición de Pavía, Francisco I tomó las armas. Claudio de Guisa atacó el Luxemburgo, y el delfín de Francia trató de sorprender á Perpiñán. Mientras el duque de Alba rechazaba al delfín, Borja asistía á las Cortes de Monzón.

Abiertas las Cortes en Junio, se prolongaron hasta el 25 de Septiembre. En ellas se aprobó la administración del marqués de Lom-

bay, cuyo gobierno trienal, que expiraba el 26 de Junio, fué renovado. La marquesa quedaba en Barcelona. Carlos V la envió á Monzón, y tuvo con ella atenciones no usadas con las duquesas. La marquesa asombró á la corte con la sencillez de su vestido. A los que la censuraban, contentábase con mostrarles su marido, de aspecto todavía más modesto.

El 10 de Octubre entraba Carlos V en Barcelona. El 8 de Noviembre llegaba á su vez el príncipe Felipe. Acababa de prestar su juramento de príncipe heredero. El 21 partieron ambos para Valencia.

La presencia de los soberanos interrumpió el ejercicio de la autoridad del virrey, pero Borja inauguró, á la partida de aquéllos, su segundo trienio. Por estas dos razones tuvo que renovar el juramento de respetar las inmunidades catalanas, rehusando en esta ocasión el Cortejo solemne que se ofrecía á acompañarle. A pie, y escoltado de consejeros, volvió á la Seo el 2 de Diciembre. Dos días después, el Consejo, siguiendo la costumbre, devolvióle la visita, y le recomendó la exacta administración de justicia.

Borja no tenía necesidad alguna de estímulo. Durante su ausencia, el 31 de Agosto, el duque de Alba examinaba, en consejo de guerra, los medios de defensa de Barcelona y dejaba una memoria de los trabajos que habían de ejecutarse. Temíase siempre un ataque de parte de Francisco I, y la reciente derrota de Carlos V había vuelto más audaces á los moros africanos. El virrey debía armar las gale-

ras, y terminar sin tardanza las fortificaciones de Barcelona y Tarragona.

Puso el virrey en aquella empresa toda su actividad, y aun me atrevería á decir, su acostumbrada impaciencia. No faltaría la buena voluntad de los habitantes de Tarragona, pero la de los consejeros de Barcelona dejaba mucho que desear. Borja hizo cavar fosos, llenar terraplenes y edificar cortinas. Dispuso los trabajadores por cuadrillas de 50 obreros, y prometió un premio á la cuadrilla que antes acabara su cortina. Su presencia en la cantera animaba á los menos activos. Sólo el Consejo le desesperaba con su lentitud; le amonestó, y apremió al emperador para que excitara á los reacios: no abandonaba la Audiencia más que para ir á las murallas.

«Tiéneme espantado—escribía el 8 de Enero de 1543—el descuydo con que estos consellers tratan este negocio de la fortificación desta ciudad, y el trabajo que se passa en trahellos á cosa de conclusión; y tengo sabido una cosa del maestre racional muy dudosa, y es; que se dan á entender, que más es voluntad mía esto de la fortificación (porque me ven tan puesto en ello), que mandamiento de S. M.; y assí podrá V. S. conocer lo que deve passar por mí, haviéndoles de persuadir que hagan lo que S. M. manda, creyendo ellos esto que digo, como si esta obra se hubiese de hazer en mi casa.»

El 9 de Enero de 1543 escribía al emperador: «Rescebí la carta de V. M. de 30 del pasado, y por ella veo el cuydado que V. M.

tiene del buen efecto de la fortificación desta ciudad, de la qual yo no estoy descuydado, sino que he entendido en ella con el calor que cumple á la poca voluntad que estos consellers muestran á ello. Y con serles yo tan solícito, como yo he sido, ha venido la cosa á tomar la resolución que diré, con tanto trabajo mío, que prometo á V. M. que no ha sido menos que si estuviera en Monçón, tratando cosa de Cortes... Yo he estado toda esta pascua en la cama con ruyn disposición, y dos días los hize venir á mi posada para tomar apuntamiento con ellos... Y con el trabajo que digo, y prometer yo de ayudar de mi casa á lo que se gastare, se ha tomado resolución en lo de los fossos y terraplenes. Pero, pues, ya está concertado esto, con el cuydado que á mí me queda, pienso que se dará prisa en él negocio.»

Mientras tanto, un golpe, que nada anunciaba, hirió dolorosamente al marqués de Lombay: el 9 de Febrero moría su padre, el duque de Gandía. Francisco de Borja pensaba, no obstante, conservar su virreinato; tan sólo se disponía á pedir permiso para ir á poner en orden sus asuntos, cuando el 10 de Abril, el emperador, al volver á Barcelona, le comunicó un proyecto del cual ya se había tratado en Monzón. Hallábase próximo el casamiento del príncipe Felipe con la infanta de Portugal, doña María, y había resuelto confiar al nuevo duque de Gandía y á su mujer los cargos de mayordomo mayor y camarera de los jóvenes príncipes. Borja tuvo que obedecer, y el 18 de Abril de 1543 abandonaba á Cataluña.

El marqués de Lombay no desmintió en nada las esperanzas de Carlos V. Por su actividad, su justicia imparcial y su franca y dignísima obediencia, prestó al Principado, durante tres años y diez meses, inmensos servicios. Barcelona no los ha olvidado. Entre los bustos de sus diez mejores tenientes generales, levantados en la fachada del palacio de sus gobernadores militares, figura el de Francisco de Borja.

1. *El cristiano*

Durante su virreynato, realizóse en Francisco de Borja otra obra, de la cual su correspondencia oficial ofrece pocas huellas, pero que él descubrió sin duda en otros escritos desgraciadamente perdidos, y de los cuales los testimonios del proceso de canonización dan, no obstante, una idea. En la Corte se mostró Borja un gentilhombre ejemplar; en Barcelona dió pruebas de una virtud ya eminente.

Como toda verdadera virtud, consistía desde luego aquella obra en la manera perfecta con que cumplía sus graves deberes de estado, á los cuales se consagraba por el bien público; en el imperio que ejercía cada vez más sobre su natural vivacidad, en su absoluto desinterés, en el perdón que dispensaba á sus contradictores, en la serenidad que oponía á las insolencias de la grandeza catalana, en la intención sobrenatural de que animaba todos sus actos.

Hizo más, y según la hermosa expresión de un testigo, fué en verdad en Barcelona un gran

cristiano, *grandissim christiá*. No podía contar, para asegurar el bien, con los recursos tan poderosos del ejemplo; la indiferencia reinaba en torno suyo; el obispo de Barcelona no estaba consagrado y se daba más al juego que á la oración. «La mayor parte de los habitantes de Cataluña—escribíase en 1513—no son cristianos, ó por lo menos, no viven como cristianos.»

Para responder á la gracia, debía, pues, el virrey luchar contra el espíritu y las costumbres de su siglo. Nadie, fuera de sus directores, penetró en el secreto de sus oraciones ni de sus penitencias; de aquí que sea imposible precisar la naturaleza de las mismas. Los testigos, que declararon, en 1610, en el proceso de canonización, conocían hechos notorios, pero ignoraban el mejor, que sólo Dios había notado. Dijeron que el virrey oraba mucho, que permanecía seis horas seguidas en oración. ¿Era esta su medida cotidiana? No lo creemos. Lo que sabemos de su vida atareada, nos impide creer que pudiera dedicar cada día tantas horas á la oración. Los santos no ganan nada con ser inverosímiles, por lo que nos basta afirmar, con el P. Nadal, que Borja, virrey de Cataluña, «progresó grandemente en la piedad y en la meditación de cosas espirituales.»

La devoción al Santísimo Sacramento era tradicional en su casa. El marqués de Lombay la profesaba y practicaba abiertamente. Comulgaba muy á menudo en su capilla privada; en las fiestas principales cumplía este deber en la Seo, con gran edificación de un público muy poco acostumbrado al frecuente uso de los sa-

cramentos y con escándalo no menos grande de ciertos doctores, que, según parece, lo censuraron desde el púlpito.

Ordenaba á sus servidores que confesaran y comulgaran todos los meses. Les hacía exhortaciones piadosas, los vigilaba, á veces los visitaba por lo noche, para convencerse de que ningún desorden reinaba bajo su techo. Sus vestidos eran muy sencillos, su traje modesto; no toleraba en su casa, ni juegos ni diversiones que pudieran ofender á Dios.

Entregados por completo á su afán de mostrarnos, en Borja, un religioso ejemplar, los historiadores del santo han evitado hacernos penetrar en el interior del marqués de Lombay. Nos hubiera sido provechoso, sin embargo, saber qué tal padre era. Lo ignoramos. En Barcelona crecían á su vista sus ocho hijos; había acogido en su casa á su cuñada y á uno de su familia, Jorge de Mello, al que amaba como un hijo. El marqués tan amable y tierno, aun en su correspondencia oficial, debía reservar para su encantadora familia cierta deliciosa ternura. Resignémonos á ignorar uno de los aspectos más instructivos de su vida y á no saber nada de la manera como santificaba su hogar.

En virtud de un privilegio pontificio, el marqués de Lombay y su familia estaban dispensados de los ayunos y abstinencias eclesiásticos. No obstante, durante el Adviento ó la Cuaresma de 1541, quiso Borja someterse al gran ayuno acostumbrado entre los franciscanos, de los cuales era terciario. No hizo,

pues, más que una comida de vigilia, compuesta de un plato de legumbres, pan y agua, contentándose por la noche con una ligera colación. A pesar de todo, hallóse tan bien con este régimen, que lo continuó durante un año entero. Aunque su mesa estaba muy bien servida, se le presentaba siempre su escudilla de legumbres, y había acostumbrado á sus huéspedes á no notar siquiera esta singularidad.

Francisco de Borja era muy corpulento. Las abstinencias á las cuales se sometía en Barcelona, le hicieron adelgazar un poco; no obstante, en 1550, era uno de los hombres más fuertes de Valencia. Más tarde, la penitencia le hará enflaquecer, y, al propio tiempo, arruinará de tal modo su salud, que el menor alimento le causará horas de sufrimiento. La gota, que ya le afigía un poco, y una extraordinaria dilatación del estómago fueron sus males crónicos.

El virrey guardaba sus austeridades demasiado secretas para que el más curioso pudiera descubrirlas. En Gandía, su hijo mayor y sus servidores notaron que se flagelaba hasta herirse. En Barcelona, preludió seguramente estas maceraciones, pero es difícil decir en qué medida.

Unicamente los que fueron entonces testigos de su vida, exaltan su culto á la justicia, sus esfuerzos para realzar los estudios en las escuelas y Universidades, su empeño en desterrar del país los malhechores y su inagotable caridad. Se le calificaba de accesible y humano para con los pequeños, de muy humil-

de, soberanamente afable é inexorable tan sólo con el crimen.

Está fuera de duda que el marqués de Lombay practicó en Barcelona virtudes eminentísimas, que debió adquirir por grados. La santidad es una cima á la que nadie llega de un salto, sino que se escala después de largas caminatas. Borja partió en hora oportuna, y según el paso que llevaba, podía augurarse que alcanzaría el término.

A su llegada á Barcelona, escogió por confesor al P. Juan Michol, de la Orden de Predicadores. Veía también con frecuencia al P. Domingo de Guzmán, provincial de la misma Orden; pero el hombre que más influencia ejerció sobre su vida en aquella época, fué un simple hermano lego de San Francisco, Juan de Texeda. Informado de la extraordinaria virtud del hermano, quiso Borja conocerle, y Texeda, que sabía por revelación la futura santidad del virrey, significóle lo que Dios esperaba de él. De este encuentro (1541) data el vuelo de fervor austero que emprendió después el marqués de Lombay. Texeda fué su primer guía en la senda del heroísmo cristiano. El maestro se formó una idea elevada de su discípulo; no se separó ya de él, y muchas veces oyósele repetir que Francisco de Borja era un santo eminente.

Otro encuentro iba á influir en adelante en el porvenir del virrey.

El 19 de Octubre de 1539, desembarcaba en Barcelona el P. Antonio de Aráoz, á su vuelta de Roma, para dirigirse á Guipúzcoa. Apenas

se detuvo en Barcelona, pero Borja no ignoró su paso. Informóse sin duda de la nueva Orden á que pertenecía Aráoz. En Barcelona todo el mundo podía informar al virrey acerca de Ignacio, el penitente de Manresa, el pobre que tan á menudo se había visto arrodillado en Santa María del Mar. Y Borja acordóse quizás de haber encontrado un día en Alcalá á este pobre que conducían prisionero gentes del Santo Oficio.

En Septiembre de 1541, y después en Marzo de 1542, uno de los primeros compañeros de Ignacio, el bienaventurado Pedro Fabro, pasaba, á su vez, por Barcelona. La segunda vez, fué albergado por el virrey, cuyo corazón no tardó en conquistar, y al cual explicó lo que era la Compañía de Jesús. Dos meses después, el 12 de Junio, volvía Borja á Monzón. Regresó á Barcelona el P. Aráoz durante su ausencia, y con sus predicaciones, produjo tales frutos en esta ciudad, que, desde Monzón, suplicaba Borja á San Ignacio que dejara al P. Aráoz en Cataluña. San Ignacio no pudo acceder á esta petición. Por lo demás, pronto la voluntad del emperador relevaría de su gobierno al virrey.

Dios no había procurado, sin intención, estos encuentros fugitivos, los cuales dejaron en el alma de Borja un germen de vocación, que acontecimientos completamente inesperados entonces no tardaron en desarrollar.

CAPÍTULO II

El duque de Gandía

1. *Las pruebas libertadoras*

El 22 de Abril de 1543 recibía Francisco de Borja, duque de Gandía, el título de Mayordomo mayor de la princesa de España. Estaba, además, investido del doble cargo de Presidente del Consejo de la princesa y Superintendente de su erario, y del derecho de sentarse en el Consejo de Estado. El emperador le investió de todos los honores y prerrogativas de que había gozado el conde de Miranda, mayordomo de la difunta emperatriz. La duquesa de Gandía era Camarera mayor; ella y su marido recibían cinco mil ducados de sueldo, pagaderos el día en que el príncipe Felipe los llamara. La hermana de la duquesa, doña Juana de Meneses, fué admitida al servicio de la princesa; dos hijas del duque, Isabel y Juana, fueron nombradas damas de honor.

En las condiciones en que se le ofrecía, este cargo abría al duque de Gandía el acceso á los empleos más importantes. Al imponer este mayordomo á su hijo, Carlos V parecía designar el primer ministro del próximo reinado.

Por lo menos así lo proponía el emperador, pero Dios se reservaba disponer todo lo contrario.